



Por qué estudiar a Hitler

Javier Fernández Aguado,

Socio Director de Mindvalue. Miembro de Top Ten Management Spain (www.toptenms.com).

En 1933 Hitler llegó a convertirse en jefe de gobierno en Alemania. Un año más tarde se posicionó también como presidente de la República, sucediendo a Hindenburg. Se cumplirá, por tanto, en pocos meses el setenta aniversario de unos sucesos que se encuentran en los umbrales de una aceleración del devenir tanto europeo como mundial.

¿Justifica un mera coincidencia histórica un estudio de la figura de Hitler? ¿Merece la pena dedicar horas de investigación a un personaje que condujo a la muerte a docenas de millones de mujeres y hombres? ¿Compensa detallar las claves de decisión de un criminal que ordenó asesinar de forma sistemática a enfermos, a disidentes políticos, a judíos, a gitanos, a católicos, a Testigos de Jehová, a homosexuales...?

Me formulé estas y otras preguntas análogas cuando, hace años, comencé a penetrar en los conceptos de liderazgo y manipulación en Adolf Hitler. La respuesta fue que sí, que debía embarcarme en una aventura de estas características. Tras miles de horas de trabajo, considero que la decisión fue correcta, pues ahora entiendo mejor nociones relativas a la

radical diferencia que existe entre los líderes y los alborotadores de masas.

Bruno Bettelheim, psicoanalista que estuvo detenido en Dachau, afirmó: *“Hay actos tan viles que lo mejor que podemos hacer es rechazarlos y evitarlos, no tratar de comprenderlos”*. Tendré que narrar alguno de esos comportamientos infrahumanos, pero no deseo centrarme en ellos, pues cualquiera puede encontrarlos en libros como *“Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto”*, de Jonah Goldhagen.

Voy a ajustar mi perspectiva a indagar sobre cómo un profesional técnicamente mediocre y desconcertado llegó a convertirse en el catalizador de un cambio que llevó a un pueblo a transformarse (con excepciones que honran a esos valientes) en cooperador de un genocidio que tiene escasos parangones.

Franz Halder, uno de los militares que citaré reiteradamente, escribía en su diario a principios de enero de 1942 refiriéndose a Hitler: *“Este tipo de liderazgo solo puede llevar a la aniquilación del ejército”*. Y en otro momento cercano en el tiempo narra la reacción del Führer al ser informado de la complicadísima

Voy a indagar sobre cómo un profesional técnicamente mediocre y desconcertado llegó a convertirse en el catalizador de un cambio que llevó a un pueblo a transformarse en cooperador de un genocidio que tiene escasos parangones)

Ojalá los responsables de organizaciones, también de las que proclaman valores (nacida alguna en años cercanos al nazismo), recapitasen al hilo de estas páginas sobre el sentido hondo de las estructuras organizativas y de las personas)

situación en el frente ruso: *“Estalla en un arranque de furia demente y lanza una sarta de reproches muy graves contra el Estado Mayor. Esta tendencia crónica a subestimar las capacidades enemigas adquiere proporciones cada vez más grotescas y está convirtiéndose en un auténtico peligro. Este supuesto liderazgo se caracteriza por una reacción patológica frente a las impresiones del momento y por una falta absoluta de comprensión por lo que a la cadena del mando y sus posibilidades se refiere”.*

La guerra, para los más avisados, estaba definitivamente perdida cuando se escribieron esas frases. La cuestión es: ¿solo cuando llegaron las derrotas abrieron los ojos los alemanes? ¿Qué había sucedido con anterioridad? ¿Cómo logró un malogrado de origen austriaco arrastrar tras de sí a millones de germanos? Porque fueron pocos quienes -como el pintor Max Liebermann, que desde su vivienda al lado de la Pariser Platz contempló el desfile del 30 de enero de 1933 pasando por delante de Hindenburg y de Hitler- cavilaron: *Lástima que no pueda comer tanto como me gustaría vomitar.*

Entre los numerosos textos que he localizado en mi esfuerzo por comprender la Alemania de 1923 a 1945 hay uno que resulta particularmente revelador. Procede de los diarios de Joseph Goebbels, el Mefistófeles moderno. Es el siguiente: *“Evidentemente, es cuestión de gustos el admirar una propaganda que, al encerrar herméticamente a campesinos y obreros lejos del mundo exterior, y al repetirles de continuo frases vacuas acerca de su salvación y de la felicidad universal, etc., ha logrado engañarlos, haciéndoles creer que este estado de cosas constituía el paraíso en la tierra. No es posible emitir un juicio personal, sino por medio de comparaciones. Aquí se carece totalmente de medios de comparación”.*

“El campesino -o el obrero- se parece a un hombre preso en un sótano oscuro. Tras varios

años de cautiverio, es fácil convencerle de que una lámpara de petróleo o de aceite encendida es la luz del sol...”

“Una inteligencia nacional susceptible de luchar contra ese sistema ya no existe. Toda la nación se halla penetrada por una red de informaciones que abusan de la confianza de los niños contra sus propios padres”.

Este texto de 19 de julio de 1942 pretendía referirse a Rusia y más en concreto a lo que *“por alma rusa cabe entender”*. Sin embargo, difícilmente podría proporcionarse mejor definición de lo que Goebbels ambicionaba con su trabajo.

Y es que comunismo y nazismo se encuentran contiguos en lo esencial. La denominación de nacional-socialismo podría haber sido sustituida por la de nacional-comunismo o nacional-marxismo, como procuraré mostrar en próximas entregas.

Me permito dar un consejo a quienes lean las reflexiones que publicaré a partir de este número: no me propongo un ejercicio erudito, ni tampoco presentar “descubrimientos” históricos (aunque alguno habrá). Mi objetivo es rondar tanto la persona de Hitler como la de sus más directos colaboradores y las estructuras que fueron pergeñando.

Los paralelismos con los comportamientos de innumerables directivos en organizaciones públicas y privadas actuales es más profunda e incisiva de lo que algunos pudieran juzgar.

Ojalá los responsables de organizaciones, también de las que proclaman valores (nacida alguna en años cercanos al nazismo), recapitasen al hilo de estas páginas sobre el sentido hondo de las estructuras organizativas y de las personas. Muchas cosas cambiarían para bien, y miles de horas de estudio cobrarían nuevo sentido.)